

por su pórtico, donde había un cuadro de Polignoto, que representando un hombre colocado en amplia escalera, no indicaba si este hombre iba subiendo en aquel instante ó bajando. Del pórtico pasó á la Curia. Popilio le detiene, aquel mismo que acababa de comunicar á Casio y Bruto palabras tan misteriosas. Creyéndose los dos jefes de la conjuración perdidos, y resueltos como estaban á matarse de súbito en el acto si la conjuración se descubría, requirieron sus dagas, que hubieran sacado y esgrimido de no seguir César andando sereno por la sala en que le seguía los pasos la implacable muerte. Un relámpago de serenidad, atravesando el rostro de Bruto, vino á confortarlos, como un buen augurio, y se resolvieron á una, cual si un solo impulso los moviera y empujara. Todos estaban de pie, todos los senadores, en el momento de llegar el tirano. Como quiera que los anuncios de su presencia hubiesen todo el día sido contradictorios, el Senado acababa de retirar la Sede áurea donde solía sentarse. Trebonio desempeñó la comisión de retener al más feroz, al más valeroso, al más terrible, al más vengativo, al más cruel de todos los tenientes de César, al pretoriano Marco Antonio, y cumplió esta comisión. Cimber debía dar la señal, consistente, de común acuerdo, en demandar la gracia y perdón de un hermano suyo, proscrito por mandato de César. En efecto, el designado suplicó, y sus compañeros le acompañaron todos en la súplica circundando la persona de César. Este debió dar negativa rotunda, por lo menos ofrecer rutinaria excusa, cuando Cimber le asió de la toga y pudo así descubrir sus espaldas. Tenía la color pálida como enfermo de crónica epilepsia que había estado siempre. Mas, no obstante su calvicie y lo grueso de su labio inferior, aquel rostro, verdaderamente olímpico y bello, revelaba por su majestad un dios, por su hermosura un dignísimo nieto de Venus. Sin embargo, el conquistador de la tierra no tenía el temperamento rudo y fortísimo de los soldados fuertes. Cuando no remontaba con su natural intensidad los nervios, carecía de todo aspecto varonil, y recordaba un efebo afebinadísimo. En aquel minuto de su muerte, la toga de franjas multicolores, el manto de púrpura tiria, los borceguies de oro y la corona de laurel prestábanle como el semblante de un ídolo asiático. Cuando el esfuerzo de Cimber descubrió el cuello diciendo en lengua griega la palabra «no tardad», los conjurados rugieron, como las bestias feroces que ven carne fresca y huelen sangre caliente. La daga de Casca fué la primera en esgrimirse y ensangrentarse. Así tiró al cuello con ánimo de acabarlo en el momento, degollándolo cual los carniceros degüellan los bueyes en las matanzas. Pero el instrumento de su muerte se resbaló y fué á herir en el resbalón su pecho. Entonces los nervios de César volvieron á toda su pujanza. El soldado saltó como un tigre, rugió como un león, destelló en sus ojos aquellos relámpagos que cegaran á sus enemigos en el campo de batalla cien veces, recobró el dominio sobre sí mismo que le granjeara un triunfo en cada empeño, y dirigiéndose á los conjurados, tantos en número y tan superiores á él en fuerza, parecía pronto á destrozarlos como Júpiter á sus rebeldes titanes. A unos los aterró con su mirada, los petrificó á

otros con sus amenazas, cogió con su mano el puñal de Casca y se hirió profundamente. Pero en el combate, sus vestiduras rasgadas por las manos de sesenta hombres dirigidos contra uno solo, descubrieron el costado, y por aquel costado descubierto se metieron como víboras furiosísimas las dagas. Todavía pudo herir á Casio, no esgrimiendo más arma de defensa que un estilete de senador puesto en sus manos, al sentarse para inscribir las votaciones del Senado. No acierta el historiador con lo que hubiera sucedido, tanta era la pujanza de aquel hombre, si un sentimiento de su corazón, quizá un recuerdo amoroso de su juventud, no le detiene y paraliza. Bruto apareció entre todos los conjurados. Sería su hijo, según quieren muchos, no lo sería, según dicen otros, quizás los más, pero lo distinguiera y amara tanto, que, al verlo, vió lo más horrible para un hombre de su poder y de su fuerza, para un criador de tantas criaturas, vió la ingratitud, y se resignó ya sin combatir y sin forcejear á la muerte. Levantó el vestido á la cabeza, y enseñando el vientre para que lo rematasen, pronto, dió, al dolor de los postreros golpes y de las postreras heridas, tres ó cuatro rápidos tropezones, cayendo exánime junto á la estatua de Pompeyo, que se hallaba fuera de su pedestal y tendida en tierra.

Pues tanta parte como tuviera la hija de Catón en el asesinato de César, tuvo dos mil años después la mujer de Rolland en el desastre y ruina de la Monarquía. Empecemos por una de las primeras y más graves cuestiones, ora suscitadas adrede, ora surgidas de improviso donde contendieron la Corte y el Ministerio. Esta cuestión dimanó del conflicto perpetuo entre la Milicia Nacional y la guardia que podríamos llamar con verdadero motivo y fundamento, no guardia real, guardia realista. En estos comienzos de las instituciones constitucionales, como hay un conflicto perpetuo entre la Corona y el Parlamento, hay un conflicto perpetuo entre las fuerzas armadas del pueblo y las fuerzas armadas del ejército. En los varios estremecimientos propios del período revolucionario, el pueblo se había ido poco á poco armando de un modo espontáneo. Que los Estados Generales se congregan en Versalles y el juramento nacional resuena en la lonja del Trinquete y despiden los de arriba sin rebozo á Necker y toman sin miedo los de abajo la Bastilla y en el encrespamiento de pasiones, que trae consigo toda renovación verdadera, en la temperatura terrible á que se cristalizan las ideas, levántanse por ensalmo gentes armadas del pueblo, especies y entidades sociales muy semejantes á las especies, ó vegetales ó animadas, apareciendo bien al calor de un día estival bien á la humedad fecunda de una lluvia. Se habían formado estos milicianos al aluvión corriendo por las profundidades y al diluvio bajando de las alturas, como enjambres ú hormigueros, sin disciplina, sin organización, vestidos de mil trajes y colores, armados de fusiles invenidos en cualquier parque abierto á las invasiones populares, ó de picas, muchas veces cortadas en el primer árbol vecino, con agudísimas puntas de hierro aceradas á granel en forjas infernales, distinguiéndose únicamente por sus gorros colorados, y anunciándose, por sus gritos y vociferaciones, como una invasión de seres fantasea-

dos, todos desconocidos, pero todos furiosos. En la vuelta de los Reyes cautivos, ya desde su fuga, ó ya desde su palacio á París; en las fiestas de las federaciones, por tantos delegados celebradas dentro del inmenso Campo de Marte, se habían visto venir milicianos en muchedumbre tal, que no podían de ningún modo numerarse. Existía una Guardia Nacional improvisada, pero no influían como estos improvisados advenedizos. Las leyes les habían dado alguna organización, los distingos hechos para los electores se habían querido trasladar á tales fuerzas; pero no había remedio, si las oficiales y oficialmente organizadas tomaban cierto viso conservador y aun reaccionario, las demás se presentaban á su espontaneidad y á su guisa donde querían y como querían, especie de lavas culebreando desde las cimas de un volcán en erupciones eternas. Tras la derrota en los campos, tras la indisciplina en los ejércitos, tras los desastres en la frontera, no faltaba sino que apareciese la terrible delación del comité austriaco, cerniéndose, cual el símbolo de los imperios, sobre la libertad y sobre la patria, para que todo el mundo se armase y corriese al club de su partido, al periódico de su devoción, al puesto de su retén, al cuerpo de su guardia, pidiendo consignas en el combate universal y presentando sus vidas al holocausto patrio. Es necesario haber estado en el fuego de las revoluciones, haber asistido á los oleajes de las ideas tormentosas, conocer un período de crisis profunda para enterarse de cómo se hallaría París en aquel zumbido de acusaciones y en aquel hervor de sentimientos, con el ejército nacional disuelto en la frontera, y el ejército extraño pronto á invadir la tierra patria. Y en estas angustias, Petion se descuelga con un manifiesto alarmante, anunciando nueva tentativa del Rey para dejar su palacio, como años antes, y corre á la frontera, donde se hallaba el común enemigo de la libertad y de la patria. No puede pintarse la emoción que reinaría, despertada por tal documento, y las nubes tormentosas que se condensarían sobre París agitado por una especie de colectiva embriaguez. Como si anduvieran en las tinieblas, todos creían tropezar con algún abismo, caer por agrias simas, oír sobrenaturales voces; y así, el menor acto y la más simple palabra esparcía sospechas intensísimas, las cuales degeneraban en delaciones, creyendo todos que la traición, el dolo, el perjurio, habían hecho de Francia su habitación, viviendo, según los reaccionarios, en el Parlamento con sus clubs, y según los revolucionarios, en el Palacio con su corte.

Imaginaos entre las neurosis levantadas por los conflictos guerreros, en el recelo de traiciones parricidas, cuando los clubs zumbaban á una en sesión permanente, y la delación del comité austriaco extendía su terrible sombra por todas partes, un alcalde como Petion diciendo que iba el Rey á irse y á encontrarse de nuevo la nación en estado tan crítico y difícil como el subsiguiente á la terrible fuga de Varennes. Hay políticos, los cuales, debiendo á una circunstancia especial su reputación y su influjo, creen que va cien veces á repetirse la circunstancia, cuya virtud les hiciera célebres y cien veces van á crecer ellos en alta importancia. Petion se había hecho célebre acompañando al Rey desde Varennes á

Palacio, había hecho de este acto personal una base del sólido renombre suyo, había llegado á cargo de tanta elevación como el gobierno municipal de París por tal hecho, y creía deber suyo, siendo alcalde, acreditar la próxima fuga nueva como su frustración inmediata por las sabias medidas y las anticipaciones providenciales destinadas por él á conjurar el peligro. Luis XVI se quejó amargamente de tales acusaciones infundadas y dirigió al directorio del Sena sus quejas. Eran los directorios unos organismos que se habían sobrepuesto á los delegados del poder ejecutivo, como eran los clubs y las municipalidades otros organismos que se habían sobrepuesto al Parlamento y á sus diputados. El directorio se limitó á imprimir y publicar la carta del Rey. Mientras éste se quejaba del dicho fundado en chismes, únicamente propios á fomentar la calumnia y subvertir la tranquilidad, lamentándose del alcalde que nada le había comunicado de cuanto sospechaba con respecto á su fuga, cuando era el cabeza y jefe del poder administrativo, como de cualquier otro poder, Pétion decía que los artículos de la prensa diaria, los anuncios de las reuniones públicas, el concurso de tantos extranjeros como llegaban á París entonces, las delaciones formales y formalmente formuladas aseguraban que se apercibía la corte á irse, y él no contaba con otra fuerza para impedirlo, en el caso de la realización del proyecto, que la guardia Nacional, por lo que se había dirigido á su comandante, ordenando un redoble de necesaria vigilancia, en epístola publicada sin su autorización previa y sin su posterior aplauso. Mas cualquier fenómeno sencillo agravaba la general neurosis. Aquella célebre dama del collar de la Reina reaparece ahora, la célebre madame Lamotte, publicando desde Londres un horrible libelo contra la infeliz Antonieta. El Rey, amargadísimo de que nuevas amargas acibarasen la vida de su mujer, ya tan horrorosa, compró el infame libelo, y para extirparlo, no encontró ningún otro medio mejor que meterlo como combustible de sus hornos en la fábrica de loza que sustenta el Estado en Sevres. Unos folletos comprados á precio de oro en Londres, traídos de Londres á París, puestos en el horno de Sevres como combustible para cocer aquellos barro, daban pábulo, en el desarreglo nervioso de cada cual, en el magnetismo irradiado de unos políticos sobre otros, en la exaltación de todos, á una verdadera nube de chismes y cuentos, los cuales dieron lugar, tras los debates sobre el fantasma del comité austriaco, á nuevos debates, generando muy terribles y muy numerosos escándalos, de cuyo seno sombrío y misterioso la infeliz Antonieta salía como responsable de muchas desgracias y urdidora de muchas conjuraciones.

No corría con menos ímpetu al abismo la mujer ilustre, representante de la revolución. Madama Rolland. Estas dos mujeres llevaban dos coronas, la una de Reina, la otra de genio. En los primeros años de su entonces monótona existencia, si el genio llevaba, solicitado por el espectáculo de Versalles, á la última con ímpetu hacia el combate por la palabra y por la pluma contra el principio y el poder monárquico; ya madre y esposa, los nervios se le habían calmado, y el temperamento de su sexo y la condición de su matrimonio

impúéstose á ella con soberana imposición. Delicioso tiempo gozaba en la quinta de Rolland, cerca del Ródano, entre las frondosas cepas de los viñedos y bajo la sombra bien oliente de los nogales; al tibio calor de una primavera deliciosa; cuando atizaba la lumbre para cocer el puchero y se remangaba los brazos amasando el pan; contenta con oír cacarear á la gallina que bajo sus alas empollaba los huevos, ó con ver saltar al conejo, que parecía salir, medroso y asustadizo, de la honda madriguera bajo los estiércoles, y tocar casi con sus orejas tiesísimas en saltos enormes las bardas del corral. Así no podía vivir en París. En cuanto á la gran capital arribada, perdía la calma casera, y cada nervio se le iba por su lado, vibrantes todos ellos al zumbido del club, al espectáculo del Palacio, al verbo del orador, es decir, al fluído del relámpago. Así por dentro se hallaba lo mismo en la ciudad que en la quinta, con su voluntad recta en ambas partes, su corazón puro, sus deseos honestísimos, sus propensiones al bien, su culto á la virtud, su norma á los deberes; y sin embargo, no estaba tranquila. No podía estarlo. En vano se fingía la dicha de prestar á la ciudad el carácter ofrecido por la campiña. Era una generación su generación destinada por el cielo á no gozar nunca paz. La desgracia sirve á las naciones como sirve á los individuos. El trabajo disciplina el cuerpo, los trabajos el alma. Y comprendiéndolo así Madama Rolland, escribía que se hallaba de suyo á todo pronta, lo mismo á sobrellevar el huracán de las pasiones arrastrando su persona, que á morir joven, mártir de su idea. Bien había menester esta resolución, porque pesó tanto ella en la suerte de Luis XVI, como pesara siglos antes Porcia en la suerte de Julio César. Cuando volvió de Verennes preso el pobre Rey, nadie sabía qué hacer con él; pues unos querían destronarlo; reducirlo á tutela otros, matarlo algunos, envilecerlo todos, Madama Rolland pronunció la palabra suprema en el cenáculo de sus amigos: suspendedlo. Y lo suspendieron. Y lo tuvieron en suspenso con tal arte, que cuando lo colocaron de nuevo en su trono constitucional por la voluntad del pueblo, era más fuerte, si hubiera conocido y aprovechado su fuerza, que cuando heredó la corona de sus abuelos. Pero, Madama Rolland, con poder bastante para decidir la suerte del Monarca y de la Monarquía en el supremo trance de la fuga, debía experimentar grandes satisfacciones, mas también correr grandes peligros y recibir muchos daños. Y no podía menos. En todo combate la mujer siente mucho más el daño que los hombres, y está muy expuesta de suyo al daño por menos fuerte y más sensible que nosotros. Y los combates políticos exceden de suyo en crueldad moral á los combates guerreros. En estos se reciben golpes materiales y se derrama sangre de las venas; en aquéllos calumnias mortales y se derrama honra del alma. ¡Cuánto no debió la Gironda en sus triunfos á la sugestión de su Musa y cuánto por lo mismo sufrió ésta en sus derrotas! Los elogios de Brissot hechos por Madama Rolland, contribuyeron mucho á ponerlo en la cabeza del partido. «No era, solía decir, hablando del fundador de la Gironda, un orador elocuente, más bien era un hombre libre, al defender la causa del género humano con la superioridad del genio mismo de la